

Las retaguardias sin vanguardias

Fernando Mires

Fernando Mires Politólogo y sociólogo chileno. Ex profesor de Historia de la Sociología y de Teoría Política en la Universidad de Concepción, Chile. Actualmente docente en la Universidad de Oldenburg, Alemania Federal. Autor, entre otros libros de: "Los Militares y el Poder", "Cuba, la revolución no es una isla", "El Subdesarrollo del Marxismo y otros Ensayos".

En una de las tantas reuniones que acostumbramos tener los chilenos en exilio, hubo una que parecía ser más importante que otras, pues recibíamos a un compañero que, recién llegado de Chile, nos informaría acerca de los avances experimentados en el último tiempo por el movimiento sindical de base. Ahí constatamos - y no muy sorprendidos, dado el estado catastrófico en que se encuentran, para la gran mayoría, nuestras ex-organizaciones - que la notable recuperación del movimiento sindical no pasaba ni por nada por la acción de los partidos. Muy por el contrario, muchas veces, **a pesar**, e incluso, **en contra** de ellos. "El problema que se plantea ahora" - dijo un compañero obrero, evidentemente entusiasmado - "es quién manda a quién, si los partidos a los trabajadores o los trabajadores a los partidos".

Aunque tal compañero formulaba el problema en términos de obediencia-mando, que después de nuestras experiencias, no podíamos compartir, quizá no estaba tan descaminado al precisar la fase en que se debate la situación política no sólo en nuestro país, sino que también en otros países latinoamericanos, a saber: el surgimiento de movimientos sociales cuya órbita no es la de los partidos políticos, ni de izquierda ni de derecha.

Viviendo la mayoría de nosotros en Europa nos hemos convertido en testigos del desarrollo de fuerzas sociales de base (feministas, ecologistas, pacifistas) que apuntan hacia la formación de un amplio movimiento social, que formula sus propios objetivos y - escándalo para los políticos de profesión - sus propias ideologías. Tales sectores han comenzado evidentemente a tomarse su propia representación. ¿Quién manda a quién? ¿El movimiento a los partidos? **Todavía no.** ¿Los partidos al movimiento? **Nunca más.**

Acostumbrados como estamos, aún ya fuera de nuestros partidos, a juzgar la realidad latinoamericana desde una óptica partidista, no habíamos reparado que desde hace algún tiempo han cobrado forma política nuevas figuras que tienen una especial connotación en las luchas antidictatoriales.

¿No es acaso sintomático que recién nos hubiéramos dado cuenta del poderoso movimiento democrático y popular existente en Brasil cuando éste se denominó a sí mismo como partido, el Partido de los Trabajadores? (PT). A fin de no repetir el error respecto a nuestro propio país nos aventuramos a mirar su realidad no en forma partidista sino que desde un ángulo "paramovimientista". Así comenzamos a descubrir que, por ejemplo, entre una nueva organización mapuche, la acción de un grupo de sacerdotes en una "población callampa", la formación de un grupo por la defensa de los derechos humanos, y la formación de un sindicato con ramificaciones comunales, habían determinado hilos de conducción que daban cierta lógica a lo que antes interpretábamos como un conjunto de datos sueltos. Por lo menos en ninguno de estos casos la pregunta de "¿quién manda a quién?" podía ser contestada afirmativamente a favor de los partidos.

"Pero esta no es la primera vez que surgen movimientos sociales al margen de los partidos", advertía, y con razón, un amigo militante. ¿No ha sido América Latina desde la época de los populismos, pasando por el 26 de Julio en Cuba, un continente rico en movimientos sociales que a la postre terminan integrándose cuando no en partidos, en el mismísimo Estado? De eso no cabe la menor duda. Pero **lo nuevo** de tales movimientos no es que surjan independientemente a los partidos pues siempre ha sido así. Lo nuevo es que han surgido en un momento de crisis total de los partidos (de legitimación ideológica, programática) especialmente de los izquierdistas, que impide a éstos cualquiera posibilidad de integrar(se) a estos movimientos a menos que cambien radicalmente sus discursos. A la inversa, la aparición de formas movimientistas, acelera la crisis de los partidos. Así, mientras tiempo atrás los movimientos sociales podían verse como complementarios, o en el peor de los casos, como paralelos a los partidos, hoy día comienzan a verse cada día más como **contrapuestos**.

No intentaremos en el presente trabajo buscar muchas similitudes entre los diversos movimientos sociales de los que nos ocupamos pues ya sabemos a donde ello conduce: a construcciones ideológicas abstractas, que pasan por encima de las realidades nacionales. Ya bastante caro se ha pagado la creencia en mitos como el de la "revolución mundial" o el de la "revolución continental".

Si hemos elegido aquí tres movimientos sociales tan distintos como el PT en Brasil, las formas pre-movimientistas surgidas en Chile y el Sandinismo en Nicaragua es precisamente por ello: porque son muy distintos entre sí, y el campo de comparaciones, inevitables al fin, queda reducido al mínimo; lo suficiente al menos como para no intentar una construcción de tipo continentalista, o algo parecido. Pero porque sabemos que son muy distintos, es posible algún tipo de reflexión teórica, sobre todo en relación al tema que en particular nos interesa: las relaciones entre movimientos y partido, al fin y al cabo uno de los problemas más antiguos de toda política y que creímos superado a partir de las relaciones entre **vanguardia** y **retaguardia**, pero hoy nuevamente en discusión porque a esas "retaguardias" se les ha puesto la maldita idea de también querer ponerse a la vanguardia.

¡Nada menos que eso!

Un movimiento social en desarrollo: ¿del Brasil de los generales al Brasil de los trabajadores?

El año 1964 los militares brasileños no sólo pusieron fin a la era de democracia populista-parlamentaria en su país, sino que inauguraron también un ciclo de militarización del poder en América Latina cuyo fin no aparece todavía visible. ¿Inaugurará el nuevo y potente movimiento, cuyo núcleo principal es el PT, un nuevo ciclo de movimientos democráticos y populares en América Latina? Digamos por ahora: ojalá sea así.

Si tuviéramos que encontrar un equivalente de ese movimiento social que en gran parte se expresa en el PT, tendríamos que ir muy lejos de nuestro subcontinente, a la Polonia del Movimiento Solidaridad (equivalencia que asombrados descubrieron los respectivos dirigentes de ambos movimientos, Lula y Walessa, cuando se encontraron en Italia).

Pero comparaciones aparte, el PT no puede explicarse sin tomar en cuenta las particularidades del "milagro económico brasileño", y sobre todo, de sus limitaciones. La aparente estable alianza entre el capital extranjero, la burguesía industrial y los militares, comenzó a trizarse debido en gran parte a la fuerte recesión que comienza a experimentar la economía del país desde fines de la década de los setenta. En 1981 la inflación ya alcanzaba un 110,2%, el doble que el año anterior. Ella afectó principalmente a los productos de consumo inmediato, básicamente a los alimenticios. Además, Brasil se encuentra a la cabeza de los países del Tercer Mundo en lo que se refiere al monto de la deuda externa. "Sólo en 1980 fueron gastados doce millones de dólares en el servicio de deudas y 10 millones de dólares fueron gastados exclusivamente en las importaciones de petróleo"¹. El proyecto del ministro de Economía y Planificación, Delfín Neto, para capear la crisis por medio de la ayuda del Estado a través de préstamos, inversiones y bonificaciones, puede considerarse frustrado, así que hoy se comienzan a poner en práctica líneas políticas de corte "monetarista", teniendo lugar drásticas reducciones en los salarios reales. El fantasma de Friedman también avanza al Brasil.

Pero he aquí que la dictadura se ha encontrado con el imprevisto obstáculo que presenta una nueva clase obrera industrial formada en el período de la industrialización forzada y que desde 1978 viene dando continuas pruebas de vitalidad.

La cabeza de este nuevo movimiento obrero emergió ya a fines de 1977 en San Bernardo, al sur de Sao Paulo, para culminar en 1978 en una cadena de huelgas que comenzó, al parecer inofensivamente, en la fábrica sueca de autos Saab Scania, y que ampliando su radio de acción entre octubre y comienzos de noviembre incorporó a más de 200.000 trabajadores metalúrgicos en la zona paulista. El propio go-

¹ Lateinamerika, Analysen und Berichte 4, Berlín W. 1980, pág. 231.

bierno al declarar las huelgas ilegales, obligó a éstas a abandonar el marco puramente reivindicativo en el cual surgieron y a incorporar como objetivo fundamental a conseguir, el propio derecho a la huelga y por supuesto, la libertad de sindicalización. Ello significa que tal movimiento nació cuestionando las reglas del juego hasta entonces existentes en las relaciones entre Estado y sindicatos².

Una epidemia huelguística se extendió sobre el país. Ya no sólo eran los organizados metalúrgicos. El año 1979 hubo más de 300 huelgas, contando entre ellas las de funcionarios estatales, profesores, periodistas, empleados bancarios, trabajadores de la construcción, conductores de taxis y camiones, trabajadores de refinería y portuarios, e incluso trabajadores de las plantaciones de azúcar y bananas. En la mayoría de los casos, el movimiento huelguístico arrolló a los sindicatos adictos al régimen (pelegos).

El potencial político de los trabajadores industriales es muy promisorio; se toma en cuenta que se trata de un proletariado joven y que por lo mismo no ha roto totalmente sus vínculos (culturales, familiares) con su reciente pasado agrario, de tal modo que las posibilidades de que tal movimiento se extienda al campo no son nada de remotas. En el hecho, animado por el impulso de los trabajadores industriales, otros sectores populares de la población, así como intelectuales y capas medias, han comenzado a articular sus propios intereses. Aquello que comenzó a tomar forma en 1978 fue un movimiento social y los trabajadores industriales paulistas constituyen su eje así como su núcleo inicial.

Si tomamos en cuenta la fragilidad de las mediaciones políticas de carácter parlamentario del país, podemos entender por qué las menores plataformas reivindicativas han traído un directo enfrentamiento entre los trabajadores y el Estado. Según Fullgraff, esta es una notable diferencia con los movimientos obreros del pasado, demasiado ligados como "clientela" a la clase política. El nuevo movimiento obrero se ha visto obligado, por así decirlo, a representarse a sí mismo, y en consecuencia, a **hacer** política. Como apunta Fullgraff, se trata en el hecho de la ocupación de la política **por** y **no para** las masas³.

Fue después de las exitosas jornadas de 1979 cuando el movimiento se constituyó en lo que era ya de hecho: un movimiento popular-obrero **políticamente organizado** en donde las fronteras siempre vigiladas entre lo que "debe ser" sindical y lo que "debe ser" político, fueron rápidamente saltadas. Con ello hacia trizas la concepción de un sindicalismo vertical apolítico preconizada por el régimen, como también la concepción de un "frente sindical" no esencialmente político y a disposición de un partido-guía.

² Füllgraff, Federico: PT é nosso!, Latinamerika, Analyse und Berichte 5, Berlín W 1981, págs. 148-149.

³ Füllgraff, op. cit., pág. 152.

La constitución política del movimiento de trabajadores violaba no sólo las reglas sindicales, sino que también las políticas del juego impuesto por el Estado militar. Pues los estrategas del régimen sabían bastante bien que el proceso de acumulación puesto en marcha no podía realizarse sin una mínima utilización de mecanismos de dominación política. Es por eso que jugaron la carta del bipartidismo, en donde la existencia de dos partidos, uno de gobierno, el ARENA, y otro de oposición, el MDB, sólo fue políticamente útil hasta que este último se convirtió en un amplio frente antidictatorial que coaligaba desde social demócratas, pasando por populistas, hasta llegar a leninistas de todos los matices. La unidad de la oposición que no había sido lograda por ella estaba a punto de ser lograda por la propia dictadura. La carta pluripartidista jugada en 1979 fue pensada entonces como un intento de dividir a la oposición desconectando a la izquierda del "centro". Pero al hacer esto, abrieron sin darse cuenta, las válvulas para que el movimiento obrero y popular también reclamara el derecho de organizarse políticamente.

Durante el período del bipartidismo, los movimientos de base fueron obligados a someterse al Estado a través de la mediación de las propias cúpulas de oposición. Durante el período pluripartidista, ese sometimiento no aparece como necesario. Así los obreros comenzaron, quizás por primera vez en América Latina, a reclamar su autorrepresentación política. Por las mismas razones, el surgimiento del PT daría con un palmo en las narices a muchos opositores e izquierdistas que calculaban con el movimiento de masas como parte de su inventario. Antiguos representantes del populismo tradicional, como Leonel Brizola por ejemplo, quien tras largos años de exilio se apresuró a regresar con el apoyo (no sólo moral) de las social democracias europeas, tuvo que experimentar una profunda desilusión al darse cuenta de que no bastaba con formar una nueva organización de cúpula para que las masas lo siguieran inmediatamente. El resto de la superideologizada izquierda brasileña comienza a tomar diversos caminos. Los comunistas prosoviéticos al parecer se encuentran bastante cómodos en el antiguo MDB. Otros leninistas (trotskistas, maoístas, guerrilleros) se integran al PT, algunos para hacer "entrismo" y después "conducirlo", otros para formar células en su interior y transformar al PT en lo que "debe" ser, un frente de masas de una "vanguardia" otros, con la secreta esperanza que después de su experiencia, los trabajadores "descarriados" volverían a enriarse detrás de un partido "de verdad" que conozca los "intereses históricos" de la clase; otros en fin, honestamente, con el claro propósito de aprender de la nueva realidad, se ponen a disposición del movimiento, estableciendo una relación más solidaria que la que hasta ahora ha existido entre los intelectuales y los trabajadores.

Pese a los estorbos que representan los antiguos remanentes ideológicos, especialmente los de tipo "marxista-leninista", lo cierto es que el PT penetra en todos los rincones de la sociedad, representando hoy por hoy el mayor desafío al régimen. Así, la represión comienza a desatarse sobre este nuevo movimiento social, y su dirigente, Luis Inacio Da Silva (Lula), ha debido, ya varias veces, entrar en prisión.

Conviene por último precisar que el PT no es el simple resultado de una coyuntura específica y por lo tanto no podemos considerarlo como un actor circunstancial. La verdad es que tal partido comenzó a forjarse años atrás de los acontecimientos de 1978-79. Entonces fue cosechando el esfuerzo de tantos héroes anónimos que desde el golpe de 1974, en cada fábrica y lugar de trabajo, afrontando mil peligros, intentaban formar sindicatos locales. Fue en esos duros años cuando quizás ellos se dieron cuenta que de las izquierdas y sus ideólogos, como de los antiguos caudillos populistas, no había mucho que esperar. Si querían defender de verdad sus intereses debían representarse a sí mismos. En las jornadas de 1978-79 entendieron que sabían y podían hacerlo. Allí no hubo ningún partido que los condujera". El "partido" eran ellos mismos. La retaguardia se había convertido en vanguardia. Y es por eso que hoy día saltan las propias fronteras clasistas y ya sea en las "favelas" o en el campo, intentan organizar al **pueblo**, como movimiento y como partido a la vez. Si triunfan habrán ganado no sólo una batalla en su país, sino que habrán sentado un ejemplo para otros países del continente.

Pero de nada habría servido el trabajo sindicalista si este no hubiese contado desde un comienzo con una mínima protección frente a la represión militar. Es en este sentido donde hay que evaluar el papel jugado por la Iglesia católica en el Brasil. Los trabajadores de Sao Paulo, por ejemplo, experimentaron de cerca la solidaridad de la Iglesia cuando el obispo Claudio Hummes puso a disposición de los huelguistas los edificios eclesíásticos después de que la dirección sindical había sido detenida y los edificios de los sindicatos clausurados.

La Iglesia misma actúa como enlace entre los movimientos clasistas y los populares, no reducibles a **una sola** clase, principalmente en el campo y en las "favelas", que es donde han proliferado **las comunidades de base**.

Debemos en este sentido considerar que un movimiento social como el que representa y a la vez forma parte el PT es al mismo tiempo la suma y síntesis de múltiples iniciativas sociales, movimientos locales y regionales. La Iglesia misma encierra en su interior un movimiento: el de los sacerdotes que se han comprometido con la suerte de los pobres. Y no hablamos sólo de los partidarios de la teología de la liberación, sino de aquellos que en su larga trayectoria, como Dom Helder Camara, han creado las condiciones para que la actual situación sea posible. Pero al mismo tiempo hay movimientos al interior de la Iglesia, ella misma crea movimientos al exterior de ella a través de iniciativas sociales entre las cuales hay que destacar el "Movimiento en Contra de la Carestía de la Vida", surgido en 1973 y que fue una de las principales instancias de unificación popular. Importante en tal sentido fue también el "Comité por la Amnistía General", que ha posibilitado el regreso de muchos exiliados, algunos de los cuales ya se han integrado al PT. En la medida que ampliaban el espacio de participación política, tales iniciativas fueron allanando el camino a la actividad independiente de los trabajadores industriales, que a su vez allanan el camino para nuevas iniciativas de corte popular.

Por cierto que no es toda la Iglesia la que asume estas actitudes, pero no podemos desconocer que han sido pronunciamientos episcopales, como por ejemplo el documento "La Iglesia y el Problema del Latifundio" publicado en 1980 con sólo cuatro votos en contra, los que asestan los más fuertes golpes no sólo al régimen sino que al sistema. En tal documento se aboga por una reforma agraria y se condena a los latifundistas. Importantes sectores de la Iglesia ven también con simpatía el desarrollo del PT y cinco obispos por lo menos ya han reconocido públicamente su militancia en esa organización.

Quién sabe si quizás al mismo tiempo, en Sao Paulo y en Varsovia, entre vírgenes, cruces, candelabros y el inconfundible olor a incienso, los obreros tomaban contacto entre sí, para enfrentar a sus respectivas clases dominantes. Por lo menos, la visita del Papa en ambos países unió en una sola dimensión dos sentimientos populares: un auténtico catolicismo, y un abierto rechazo a los detentores oficiales del poder. Es así que trabajadores, campesinos, e incluso intelectuales brasileños, han aprendido a confiar en sectores de la Iglesia, a respetar sus mártires⁴ y a entenderse políticamente con sus representantes, desarrollándose así una interesante relación que puede culminar en una **nueva cultura política**.

Breve excursio: ¿aliados estratégicos o tácticos?

¿Son los sectores progresistas de la Iglesia aliados estratégicos o aliados tácticos? Esta pregunta es un tema de discusión dentro de las izquierdas tan viejo como las propias izquierdas. La misma pregunta es válida en relación a todas aquellas organizaciones y personas "progresistas", "humanistas", etc.

Si estamos hablando de movimientos sociales, tal pregunta está absolutamente fuera de lugar. E intentaré fundamentar ésta, mi opinión.

Un movimiento social no sólo es la suma de distintas clases e intereses de clase. Empleando la terminología de Laclaud podría decirse que representan una **condensación** de los intereses de las distintas clases que lo constituyen⁵.

Así, dentro de un movimiento social, un trabajador se expresa como **trabajador**, como **ciudadano**, como miembro del **pueblo**, como **católico** o como **socialista**, etc. El no necesita ser uno solo de estos personajes. Si quiere puede ser todos a la vez, y **no hay contradicción**.

A diferencia de lo que ocurre en un partido donde el trabajador es separado de muchas de sus formas naturales de expresión, en un movimiento encuentra la posibilidad de realizarlas todas, y a la vez. El partido en ese sentido es un instrumento

⁴ Miembros progresistas de la iglesia son permanentemente perseguidos. Entre 1968 y 1978 fueron encarcelados nueve obispos, 113 sacerdotes y 273 laicos que desempeñan funciones pastorales, cuatro sacerdotes y un seminarista asesinados, muchos torturados "Lateinamerika, Analyse und Berichte" 5, op. cit, pág. 242.

⁵ Laclau, Ernesto: Política e Ideología en la Teoría Marxista, México, 1978, págs. 221.

de desgarrar de la personalidad, en otra de sus tantas similitudes con la empresa capitalista. En el partido, eres miembro de una clase y/o copartícipe de una ideología. Lo demás no cuenta. Es por ello que la unidad entre católicos y socialistas un millón de veces proclamada por unos y otros, **no puede tener lugar en un partido**, como tampoco entre los partidos y la Iglesia. A lo más, algunos acuerdos de convivencia. En cambio, un movimiento, y precisamente porque lo es, puede incorporar tanto a los sectores democráticos que existen al interior de la Iglesia, como los que existen al interior de los partidos, realizándose así **una unidad** en el exacto sentido del término.

Las diferencias fundamentales entre católicos y socialistas no se dan a través de la contradicción materialismo-religión, tampoco en la de ciencia-fe, sino que entre las tendencias autoritarias y las emancipatorias que existen **en cada una** de estas dos grandes corrientes históricas. La tarea es unir en una sola dimensión las tendencias emancipatorias. Esto es imposible en un partido. Sólo es posible en un movimiento.

Por ello, y de acuerdo con Szankay y Evers, movimiento social es una noción que debemos entender siempre en sentido singular y no en plural⁶. No puede haber diversos movimientos sociales a la vez; por ejemplo, un movimiento de trabajadores, un movimiento de católicos, un movimiento civil, etc. Estos no son movimientos sociales. Son movimientos de una clase, o de grupos, o de sectores. **El movimiento social**, en cambio, articula e incorpora, **en una sola unidad política**, las diversas dimensiones individuales y colectivas de los distintos movimientos de las clases, grupos y sectores.

Así se entiende entonces por qué en el caso del PT brasileño los sectores progresistas de la iglesia no son sus aliados tácticos ni estratégicos, **si no que componentes de un mismo movimiento social**, hasta el punto que los unos no pueden realizarse políticamente sin los otros.

Para un partido en cambio, no puede existir el movimiento social sino como algo secundario, distinto a la **verdadera política**. En el mejor de los casos existe como frente de reclutamiento o de cosecha de votos, dependiendo esto del tipo de partido. Así, la esfera de la política no es atributo de los sectores no partidarios. Por supuesto un sindicato no tiene derecho a la política. La clase obrera para Lenin a lo más puede desarrollar una conciencia "tradeunionista", visión que también a su modo comparten los políticos de derecha cuando abogan por la no politización de los sindicatos. El partido en todo caso se reserva para sí las partes resolutivas de la política; los demás sectores, cuando más, desempeñan las "tareas secundarias". Nunca un partido, de acuerdo a su propia lógica, se considera parte de un movimiento. Por el contrario, intentará siempre subordinarlo, a convertirlo en su "patio trasero". Incluso, en los mejores tiempos de unidad entre partidos, éstos siempre acentúan más las **distinciones**, a fin de preservar su identidad en tanto partido.

⁶ Evers, Adalberz; Szankay, Zoltan. Das gerissene Band: Überlegungen zum neueren Verhältnis zwischen sozialem Wissen und sozialer Bewegung. Arbeitspapier, Aachen/Bremen 1981.

Las distinciones también existen dentro de un movimiento, por supuesto, pero a diferencias de un partido donde **lo distinto es absoluto**, la unidad de un movimiento sólo queda garantizada cuando las fuerzas distintas que lo componen **ceden parte de su identidad**, y se produce una transfusión de intereses, hasta el punto en que una fuerza dentro de un movimiento se reconoce y se **identifica** en la otra como parte del mismo todo. Es por ello que para un movimiento son tan importantes los símbolos de identificación colectiva. No por lo que son, sino por lo que representan. El estandarte de la "virgen negra" en Polonia identificaba al obrero católico con el católico no obrero, y con el obrero no católico, y con los campesinos, en la medida en que el símbolo de la virgen representaba un desafío a la simbología de la clase dominante articulada en ese momento en el partido. En Nicaragua, en Brasil y en otros países latinoamericanos, los sacerdotes forman comunidades de base, y en contacto con los obreros y otros sectores populares aprenden de ellos, a la vez que estos últimos incorporan también algunos valores que transmite el sacerdote. Al final, el discurso del uno se encuentra contenido en el discurso del otro. En el desarrollo del movimiento como tal, se va generando una nueva cultura política, o si se quiere, el movimiento genera su propia ideología y no a la inversa.

Es por ello que por debajo de los discursos ideológicos hay que saber rastrear la realidad. Así, no sería la primera vez que el topo de la revolución se encuentre debajo de un discurso humanista, o simplemente religioso, como de igual manera, bajo el discurso más revolucionario, pueden esconderse las más oscuras intenciones represivas.

Quizás las dificultades para entender a los movimientos sociales residen en que recién tomamos notas de ellos cuando han cristalizado. El triunfalismo de los momentos de avance no deja ver los momentos tanto o más importantes en que estaban gestándose. Puede ser así importante analizar la gestación posible de un movimiento en un momento en que sus miembros constitutivos se encuentran recién en una fase embrionaria. Esto ocurre, según mi opinión, en Chile.

Chile: un movimiento social que nace

Hasta hace poco tiempo, los dirigentes de la izquierda chilena podían seguir escudándose en su manifiesta impotencia para levantar una política coherente en contra de la dictadura, en detalles "técnicos". Incluso la dictadura era vista como un producto de la "maldad" y "traición" de unos cuantos generales. El argumento principal de esa izquierda era: "nuestra línea era correcta, pero fue interrumpida por el golpe". Cuando llegaba el momento del análisis crítico, la culpa la tenían "los otros". Para unos, el "ultraizquierdismo"; para otros, el "reformismo"; cada fracción había creado su propio chivo expiatorio a fin de mantener su buena conciencia.

Pero cada vez está más claro: la crisis de la izquierda no es una consecuencia del golpe. Por el contrario, fue esta crisis la que al menos creó condiciones para que el golpe fuera posible.

Así no puede extrañar que hoy en día la izquierda y el pueblo chileno comiencen a hablar un lenguaje distinto. La primera, la de sus monótonos informes, el lenguaje muerto del pasado. El segundo, el lenguaje de la resistencia cotidiana, nada espectacular, y que expresa la lucha difícil para sobrevivir, la búsqueda pertinaz de nuevas formas de organización para defender los mínimos derechos que le restan. Y no negamos que en esa lucha se encuentran muchos militantes de la izquierda chilena que siguen creyendo en sus partidos. No es contra ellos que se dirige ese nuevo y vasto sentimiento antipartidario de muchos sectores populares y del que dan cuenta todos los que tienen oportunidad de viajar al país y hacer comparaciones con el partido. Aquello que se evidencia es que en los momentos más decisivos, tales partidos no fueron útiles, y que ya tampoco lo son⁷.

La verdad es que no encontramos ninguna razón por la cual los sectores populares de Chile tendrían que guardar algún tipo de fidelidad respecto a los partidos de izquierda, menos todavía si se mira el panorama que a primera vista ofrecen.

Pero más importante que los errores que pudo haber cometido la izquierda chilena es preguntarse hasta qué punto ella misma fue un error. Pues el gobierno de la Unidad Popular (UP) demostraría sobre todo, y de forma dramática, la doble incapacidad de esa izquierda: para gobernar y para conducir al pueblo. Y no es que el error consistiera "en la falta de unidad", como afirma Clodomiro Almeyda⁸. Por el contrario, la UP fue la mayor instancia unitaria alcanzada por la izquierda en Chile. Es imposible lograr más unidad de acuerdo a la lógica partidista. Pues de acuerdo a esa lógica (unidad de distintos), la UP no podía hacer más de lo que hizo: repartirse las cuotas formales de poder (cuoteo), incluyendo por supuesto los puestos públicos para satisfacer a los respectivos clientes, y trata de interferirse lo menos posible.

⁷ Así se expresaba un dirigente mapuche (comunista), en relación a su experiencia con los partidos desde 1973:

"El 73 nos trajo enormes desgracias, nos mataron mucha gente, nos torturaron, nos aprisionaron y nos persiguieron. Nuestros hermanos chilenos, compañeros de partido, camaradas de partido, se ayudaron entre ellos. ¿Y los hermanos mapuches que eran de la misma militancia? ¿Qué pasó con ellos? Se olvidaron, nos ignoraron, y eso sucedió en todos los partidos, sin excepción. Cada uno tiene sus principios y cree en su partido, por eso esperamos. Pensamos que esto se arreglaría, que se saldría de la caótica situación de los primeros meses de dictadura. Pasaron unos, dos años, y nuestros hermanos de diversos gremios y partidos continuaron ignorándonos". (Codehs, Bremen, papel de trabajo, Bremen, octubre de 1981). Así, los mapuches ya se cansaron de esperar a sus partidos y decidieron organizarse por su cuenta. Aquello que es referente a los mapuches ocurrió con los pobladores, los campesinos, e incluso con los obreros. La escasa actividad de resistencia de los primeros años de dictadura se debe no sólo a la represión sino que a los hábitos del movimiento popular de esperar las órdenes de los partidos. Sin ellos, se sentían paralizados. Hoy, recién, de a poco, aprenden a caminar sin ayuda.

⁸ Almeyda, Clodomiro. "Construcción de la Vanguardia en América Latina" Cuadernos de Orientación Socialista, núm. 4, noviembre 1980. Una crítica a las opiniones de Almeyda se encuentra en mi artículo "acerca de errores y vanguardias" en la revista Pensamiento Socialista, Núm. 23-24, Madrid, sept., dic. 1981, pág. 23.

Pues, los partidos principales de la UP eran esencialmente parlamentarios, es decir **partidos de Estado**. En el Parlamento, y mediante mediaciones sindicales y de otro tipo, representaron durante bastante tiempo a determinados sectores de trabajadores, en un sistema de corte corporativista que favorecía ese tipo de representación muy bien, y hay que decirlo de una vez, no **pese** a que tales partidos hubieran sido electoralistas y reformistas, si no **gracias a que lo que fueron**.

De tal modo que la bancarrota de ese tipo de Estado no podía significar también sino la bancarrota de esa propia izquierda estatal. Mucho más consecuente con su realidad que con su ideología, el PC planteó durante el gobierno de Allende la necesidad de guarecerse en ese Estado, incluso detrás de las fuerzas armadas; otros sectores, más consecuentes con su ideología que con su realidad, plantearon la destrucción del Estado burgués del cual formaban parte. En un momento determinado a la UP no le quedó más alternativa que elegir entre dos alternativas de suicidio, y eligió las dos al mismo tiempo.

Desaparecida su relación con el Estado, tal izquierda perdería su identidad real. No le quedaría más que una identidad ideológica, y esa nunca la tuvo (con cierta excepción del PC). Así se explican en parte los miles de contrasentidos en que incurrían. Que ex senadores, hombre de cuello y corbata, venerables tribunos, se conviertan de repente en aguerridos comandantes y llamen a la lucha armada, es problema de ellos, y hay que adjudicarlo en el inventario de sus propias crisis. Pero nadie tiene por qué creerles.

Por lo tanto, si miramos la realidad chilena desde una perspectiva partidista, no hay motivo para escapar del más negro de los pesimismos. Pero, si nos decidimos a mirar esa realidad, desde una perspectiva **movimientista** hay motivos para adoptar un razonable optimismo, si tomamos en cuenta que lo que se ha avanzado en el terreno de las organizaciones populares de base, y las posibilidades que de allí - no estamos pensando en plazos cortos - puedan derivarse.

Pero, ¿cómo es posible hablar de movimientos sociales en un régimen que justamente está hecho para evitarlos? ¿No parece más lógico hablar de lucha armada? ¿Enviar por ejemplo a Chile acerados grupos de militantes clandestinos que ejecuten actos heroicos y levanten la moral de las masas?

Tal argumento no es sino el producto de una lógica abstracta y sólo puede encontrar adeptos entre aquellos que ignoren hasta lo más mínimo de la realidad y la historia del movimiento obrero y popular chileno. Aparte, de que no hay nada más fácil de controlar por una dictadura - y eso está lamentablemente probado en América Latina que grupos militaristas desconectados de los movimientos sociales.

Pérez Esquivel, Premio Nóbel de la Paz, respondía en una entrevista que es fundamental no usar las armas del adversario ni aceptar las reglas del juego que el busca imponer. Así, si los militares quieren imponer la lógica de la violencia y el terror, se trata de responderles con otra lógica, a fin de no seguir el juego, e imponer el pro-

pio. Pérez Esquivel, aquel "humanista ingenuo" según la opinión de cualquier leninista, demostraba con eso mucho más conocimiento de estrategia política e inclusive militar, que muchos "expertos" de "la propaganda armada". Cambiar las reglas del juego del enemigo... ese es el ABC de toda política.

No es casualidad tampoco que uno de los más destacados exponentes de la doctrina de la "no violencia-activa" en Chile sea Clotario Blest, el más legítimo representante de los trabajadores, quién de por sí es ya parte de una larga historia. Y eso no sólo porque él es cristiano, sino porque en lo fundamental interpreta a una clase obrera que **jamás ha disparado**, y que no por eso deja de ser una de las más combativas del continente. Es la misma clase obrera que comienza hoy a constituirse en el eje de un vasto movimiento de oposición.

Pero como ocurre en la mayoría de los países regidos por dictaduras, tal movimiento toma en sus fases iniciales la forma de **iniciativa civiles**, en la lucha por los derechos humanos, liberación de presos políticos, esclarecimiento de la situación de los desaparecidos, etc.

Al comienzo, estas iniciativas básicas se articularon en el Comité de la Paz, dirigido por Helmuth Frenz, el que en 1975 fue reemplazado por la Vicaría de la Solidaridad controlado por la Iglesia Católica y que por lo mismo ha adoptado una actitud bastante moderada frente a la dictadura. Así, surgieron Comités por los Derechos Humanos independientes al control de la Iglesia, como por ejemplo la Comisión Chilena por los Derechos Humanos, que agrupa a "notables" de la vida pública, y el Comité por la Defensa de los Derechos Humanos, fundado y dirigido por el propio Clotario Blest, y que une la lucha por los derechos civiles con los intereses de los trabajadores, en una interesante experiencia en donde los trabajadores mismos se proyectan como defensores de los derechos de toda la sociedad.

Al igual que en otros países latinoamericanos la Iglesia Católica sirve de punto de contacto a estas diversas iniciativas. Pero La Iglesia chilena no puede compararse con la nicaragüense y su radicalismo social, ni tampoco con la brasileña y su sentido evangelista popular. Así, cuando hablamos de iglesia chilena, hemos de distinguir tres niveles:

1.- **La Iglesia como institución**, sometida a fuertes presiones externas e internas, en la cual el Cardenal tiene que hacer verdaderas figuras para conservar el equilibrio entre los sacerdotes partidarios del régimen, un amplio centro indeciso, y los de oposición. En tal sentido la Iglesia es también un reflejo de la sociedad. Así es como las homilías del Cardenal y las declaraciones episcopales pasan de un enfrentamiento acusador a la dictadura, a un lenguaje moderado que linda en la colaboración. No se puede desconocer sin embargo, que esa misma Iglesia institucional ha permitido la existencia de un espacio, angosto, pero espacio al fin, en donde ha sido posible desarrollar mínimas actividades de oposición.

2.- **La Iglesia representada en los obispos y sacerdotes democráticos.** Gracias precisamente a ese equilibrio de tendencias que auspicia el Cardenal, pueden encontrarse, cabida aquellos sectores que buscan un acercamiento más comprometido con los sectores populares. Son ellos quienes organizan los comedores populares, los talleres de artesanía, las bolsas de trabajo; los que en la misa dominical rezan por los muertos y desaparecidos, y que en vez del órgano y Bach, se escuche, de vez en cuando, una guitarra que entona una canción de Violeta Parra o Víctor Jara. Son ellos al fin quienes establecen relaciones comunitarias en un sistema que considera cualquier gesto de solidaridad colectiva como un delito. A su modo, también organizan al pueblo.

3. - **La Iglesia entendida como el pueblo católico.** Pese a que Pinochet y los miembros de la Junta se proclaman católicos, y lo que es peor, que las autoridades de la Iglesia los reconocen como tales, los sectores populares han captado que existe un conflicto institucional entre Iglesia y Estado y que en ese marco es necesario oponer el catolicismo del régimen un catolicismo popular basado en la misma tradición evangélica. En la práctica muchas procesiones a la virgen se han transformado en verdaderas concentraciones políticas en donde a la fe de un pueblo se une el rechazo a una dictadura que es vista como "hereje" y "profana".

La Iglesia es pues uno de los principales articuladores de las iniciativas democráticas no clasistas. En torno a ella se van organizando agrupaciones juveniles, de mujeres, y hasta clubes deportivos.

Así se ha ido desarrollando una nueva generación política, mucho menos ideológica que las anteriores, pero con una enorme sensibilidad para captar los momentos propicios para la acción. A veces es en la Facultad de Teología de la Universidad Católica en donde emerge un grito de protesta. Otra vez es un festival de rock and roll el que se transforma en una manifestación contra el régimen. Un día unos estudiantes salieron a la calle con un letrero que decía "abajo Somoza" y todo el mundo sabía que quería decir "abajo Pinochet". Otro día con otro letrero que decía "Abajo la dictadura militar" y después en letras más pequeñas, "en Polonia". Nadie les ha enseñado a actuar así. Lo han aprendido ellos mismos.

Paralelo a este tipo de acciones, se desarrollan iniciativas de nítido carácter clasista. Así han emergido distintas formas de organización sindical. A nuestro juicio son éstas las mejores condicionadas para constituirse en núcleo de las demás formas movimientistas, y esto no por un supuesto rol mesiánico del proletariado, si no porque en las condiciones actuales son los trabajadores los que han acumulado mayores experiencias en la lucha cotidiana en contra de la dictadura y el tipo de capitalismo que gracias a ella se ha impuesto.

El sindicalismo en Chile hasta ahora ha sido esencialmente **partidista**, hasta el punto que en la antigua Central Unica de Trabajadores (CUT) los dirigentes eran elegidos por listas de partidos. Después del golpe, los trabajadores se han visto en la obligación de organizarse de manera independiente, y bastante atomizada. Ello se

ha visto agravado por la imposición de un plan laboral que hace poco menos que imposible la centralización de sus actividades sindicales. Naturalmente el régimen ha intentado crear algún tipo de verticalismo sindical, pero es tan manifiesto el carácter antiobrero de la dictadura que incluso organizaciones originariamente leales a ella se han transformado en opositoras como es el caso de la Unión Democrática de Trabajadores (UDT) mejor conocida como "Grupo de los Diez", en cuyo cambio de orientación jugó un papel el gobierno de Carter y la actitud no favorable a Pinochet que asumió el sindicalismo norteamericano.

Los partidos políticos tampoco han abandonado el campo sindical. Mas todavía si se toma en cuenta que tanto la DC como el PC y el PS contaban con un numeroso destacamento de cuadros sindicales, muchos de los cuales siguieron actuando en el país. Así surgió en 1978 la Coordinadora Nacional Sindical que puede ser considerada algo así como un frente único sindical de los partidos, donde ejercen manifiesta influencia el PC, en parte la DC y la fracción del PS de Clodomiro Almeyda. La gran dificultad que enfrenta una organización de ese tipo es el lograr acuerdos comunes, pues ellos pasan por las alianzas que realizan los partidos a otro nivel. El funcionamiento de esta organización se ve también afectado por los cambios de orientación, a veces bastante rápidos, que experimentan los partidos, sobre todo en el exterior. Así, muchos activistas sindicales entran en flagrante contradicción con sus propios partidos y deben elegir entre la obediencia militante y las prioridades sindicales surgidas en el propio terreno de lucha.

Debido a las ostensibles dificultades que ofrece el desarrollo de un sindicalismo de tipo partidista, ha comenzado a germinar en Chile un sindicalismo de base cuyo objetivo es agrupar a las múltiples organizaciones sindicales independientes que han ido surgiendo desde el propio comienzo de la dictadura. Pues, si en sus mejores tiempos el sindicalismo chileno había agrupado menos de la mitad de la clase obrera hay que imaginarse lo que ocurre hoy día. En efecto: la influencia de las organizaciones de cúpula "en los 900.000 trabajadores organizadores no va más allá de un 15%. En otros términos, los 2/3 no organizados, más el 85% de los organizados, quedan fuera de la solidaridad"⁹.

Este nuevo tipo de sindicalismo ha surgido con el declarado propósito de no aceptar tutorías, ni estatales ni partidarias. Y no se trata que tales trabajadores nieguen la política. Simplemente no la conciben más como algo separado del ámbito de sus decisiones. A diferencia de los movimientos sindicalistas de base que existieron en el pasado (como la CUT de los años cincuenta, dirigida por Clotario Blest) y que terminaron por ser absorbidos por los partidos, el sindicalismo renovado aspira el mismo a convertirse en un interlocutor político, o como ellos lo denomina: "el poder organizado de los trabajadores".

⁹ "Una Visión Esquemática sobre las Estructuras Sindicales en Chile" documento elaborado por un dirigente de la C.R.S. en Chile, Codehs, Bremen, 1982.

Que también en Chile la ocupación de la política por las masas sea posible, es algo que nadie puede predecir. Pero que ésta es la firme decisión de muchos trabajadores del país, está fuera de duda. Hay que tomar en cuenta por supuesto que la "clase política chilena" no es la elitista "capa" brasileña. Los peligros de integración de los señalados proyectos de base, en una determinada fase del proceso son más que evidentes. Por cierto que en algunos momentos habrá que plantearse la posibilidad de establecer algún tipo de relación con algunos partidos, dos de los cuales (comunistas y socialistas) son depositarios de tradiciones inseparables a la propia historia del movimiento obrero. Pero que ésta sea una relación entre pares, y no la simple subordinación de una retaguardia sindical respecto a "su" vanguardia política, depende del grado de independencia que el movimiento obrero alcance en sus propias fases iniciales de gestación.

En Chile se encuentran pues las bases para que se constituya un amplio movimiento social con un eje obrero-popular y que articule a otros sectores sociales así como a organizaciones religiosas, políticas, culturales, etc. del país. Esa al fin y al cabo será la fuerza que pondrá fin a la dictadura.

Aquellas voces que en el entierro de Frei, cuando hacía su aparición el dictador se alzaron al grito de ¡asesino! anuncian quizás la fuerza de ese movimiento que a nuestro juicio, está naciendo.

La voz de "los de abajo"

Chile, Brasil, quizás lo mismo comienza a ocurrir en otros países. ¿Cuáles serán por ejemplo las formas que asumirá el siempre multiforme peronismo en Argentina? Pero, como ya advertimos, la emancipación de las masas respecto a sus "vanguardias" no es ni puede ser un fenómeno no reducible a un solo marco de referencia, como "revolución mundial" o "revolución continental", o cualquier otro. Ni siquiera estoy seguro si se plantearán sus objetivos en términos de "revolución". Mi propio vocabulario político pertenece a los movimientos del pasado, y con él, trato de entender los movimientos del presente, sabiendo que siempre queda una parte de la realidad afuera que éstos, mis conceptos, no logran cubrir del todo. Pero sí sé que aquello que está surgiendo no es reducible a subsumirse bajo un concepto unificador. Por el contrario en tanto son movimientos, emergen mil formas de expresión de diversos grupos sociales y culturales e incluso religiosos, que varían de lugar en lugar y que por lo mismo formulan objetivos distintos en todas partes. La nueva realidad surge, a primera vista caótica, no conocemos sus leyes, no sabemos si existen leyes para manejarla; por lo menos las del "materialismo histórico" no nos sirven mucho.

Pero quizás siempre ha sido así; quizás esas "leyes de la historia" no han existido nunca. Creíamos en su existencia, esa es otra cosa. Así pensábamos tener la realidad domesticada. Cada pieza en su lugar. Allí la clase del pasado. Allí la clase del futuro. Allí los aliados secundarios. Aquí mi partido, conocedor del futuro y depo-

sitario de la verdad. Con tres o cuatro datos básicos, creíamos tener apresada cualquiera realidad. Las realidades se parecían unas o otras en cuanto habían partidos con ideologías similares en todas partes. ¿Y cómo no iban a parecerse si en todas esas partes había una misma "clase", los intelectuales, quienes habíamos interpretado uniformemente al mundo para cambiarlo a nuestro gusto y medida en nombre del "proletariado"?

¿Habrá que escribir algún día que "los filósofos hasta ahora no han hecho más que cambiar al mundo cuando de lo que se trata, de una vez por todas es de interpretarlo"? De eso no estoy seguro. Pero sí estoy seguro es que aquellos a quienes les tomamos la palabra y los convertimos en "fuerzas motrices de la historia" sin preguntarles siquiera la opinión, se están tomando el derecho a la política y exigen su autorrepresentación.

Pero no se trata aquí ni mucho menos de hacer un manifiesto en contra de los intelectuales, máxime si recordamos que en las contrarrevoluciones son tanto o más golpeados que las propias clases sublevadas, como lo demuestra dolorosamente hoy el caso polaco. Sólo pedimos por su exacta ubicación en los procesos. Ni los representantes de las demás clases, ni sirvientes al servicio de partidos y otros tipos de burocracias. Los intelectuales también deben luchar por su propia emancipación, pero **por la suya**, que es igualmente legítima a la de los otros sectores sociales. Ello significa la lucha por el derecho a expresión y **contra todo tipo** de censuras, vengan de donde vengan. Tal objetivo sólo puede ser cumplido en el marco de movimientos sociales donde cada sector lucha por sus propios derechos y al mismo tiempo por los de los otros¹⁰.

Lo fundamental es que la mayoría de los movimientos sociales emergentes (no sólo en América Latina) no se plantean un futuro "científicamente demostrado", sino que simplemente luchan por **sus** intereses. Pero no se trata de movimientos sin ideología. Pues es en la persecución del cumplimiento de sus propios intereses donde han ido generando sus propias ideologías las que a veces son muy antiguas, y surgen y reverdecen al calor de la lucha social. Sandino, por ejemplo, resucitó después de muchos años, como Cuba vivió la insurrección en el espíritu de Martí, como los argentinos resucitarán a Evita, y los mexicanos a Villa y Zapata, y los peruanos a Mariátegui, etc. Quizás en algunos países, como ya ocurrió en los años de la independencia contra España, serán de nuevo los curas los "intelectuales orgánicos" de los procesos sociales. Pero no nos asustemos. En ninguna parte están dadas las condiciones para que aparezca un Ayatollah católico, porque la rebelión es también contra sectores de la Iglesia que han vivido ocultando el mensaje insurreccional del Evangelio. El sentido original del cristianismo judío renace con todo su potencial de rebelión nacional en América Latina.

¹⁰ Un ejemplo de relación armónica entre intelectuales y movimiento se da precisamente en el PT brasileño. Recientemente ha sido publicado, en relación a Chile, un artículo de Alfonso González Dagnino y Annemarie Wiedmaier Burgos "Die Rolle der Intellektuellen in der Entwicklung einer Alternative für Chile", in "Lateinamerika Nachrichten" núm. 101, marzo 1982, pág. 26.

Pero también con un potencial moral. En ninguno de los nuevos movimientos sociales encontramos por ejemplo ese culto a la violencia que caracterizó a las rabiosas generaciones intelectuales de los años sesenta. Ni siquiera en Nicaragua, donde el pueblo en armas, pudieron los grupos militaristas tomar la conducción del proceso. Basta recordar que la revolución no comenzó ni con juicios sumarios ni ejecuciones, sino que elevando el concepto ético-religioso del Perdón a categoría política, hecho éste de enorme importancia como para no mirar con sospecha a tantas izquierdas de otros países que simplemente lo pasaron por alto.

Así como para un movimiento social resulta imprescindible eludir las leyes del juego militar a las que las dictaduras quieren someterlos, también precisa eludir las reglas del juego ideológicas. Para las dictaduras es fundamental que sus enemigos se ubiquen, lo más disciplinadamente posible, en el marco de una ideología determinada por ellos. Si se declararan incluso leales a la URSS, espléndido para el dictador pues así se ubica con toda comodidad en su autoasignado papel de defensor del mundo occidental. Cuando Brézhnev cambió a Luis Corvalán por el disidente Bukowski recibía también un certificado de confirmación de que su "política de bloques" se estaba cumpliendo. Pero si un grupo de disidentes chilenos protesta por el golpe en Polonia, hay "algo" que comienza a fallar en la bien montada maquinaria de causas y efectos que manejan las dictaduras.

En tal sentido no se ve muy clara la conveniencia que podrían tener movimientos sociales antidictatoriales para establecer relaciones más o menos estrechas con partidos que por defender intereses de bloque están dispuestos a apoyar dictaduras y golpes de estado en otros países. Esto que es válido en relación a los PC, es tanto o más en relación a las democracias cristianas cuando estas apoyan dictaduras genocidas como la de El Salvador.

Lo dicho no significa una recomendación a abstenerse en materia de política exterior, sino que formular posiciones respecto a ella de una forma no alineada. En otras palabras: es necesario traspasar los bloques. Esto significa: quien quiera apoyar la lucha de liberación en El Salvador, debe apoyar también la de Afganistán; quien quiera apoyar la resistencia democrática en Polonia, debe apoyar también la de Chile.

En lo que se refiere a la relación entre movimientos sociales y partidos políticos, ya sabemos que esta es una contradicción. La forma como ella se resuelva depende de las propias tradiciones del país a que nos queramos referir. Pues había países, como Nicaragua, en donde el campo para el desarrollo de un movimiento social estaba políticamente abierto; hay otros como El Salvador donde han proliferado tantos grupos que éstos para poder actuar con una mínima unidad tienen que buscar fórmulas confederativas resolviéndose así la política (y lo que es peor, la guerra) por decisiones de vanguardias. Hay países como Brasil en donde el movimiento social, en la forma (sólo en la forma) de partido, se encuentra en condiciones óptimas para arrollar a los partidos tradicionales. Hay países como Argentina en donde de alguna forma habrá que recoger la herencia del pasado, porque al peronismo

se le puede amar u odiar pero no olvidar. Hay en fin otros países, como Chile, tal vez Uruguay, donde la historia de los movimientos populares es inseparable a la de sus partidos. En casos como estos últimos, hasta se podría pensar, a largo plazo, en algún tipo de coexistencia entre un nuevo movimiento social de carácter obrero-popular, políticamente organizado, y algunos partidos llamados "históricos", siempre y cuando estos últimos tengan la flexibilidad para adaptarse a la nueva situación que no los necesitará en tanto vanguardias; a lo más como depositarios de tradiciones e ideologías.

Pero la forma como esta evidente contradicción se resuelva en las diferentes zonas, dependerá sobre todo del grado de desarrollo que alcancen los nuevos movimientos sociales. Lo que sí es importante destacar es que ese desarrollo es necesario, si es que estamos pensando en serio en una democratización para nuestros países. Y el desarrollo de un movimiento social no tiene nada que ver - como se cree a veces - con supuestas explosiones populares "espontáneas". Son largos, dificultosos procesos, que pasan por la propia emancipación de muchos sectores y grupos, que también pasa, y pasa sobre todo por ahí, por la emancipación de cada uno de nosotros respecto a cualquiera forma de represión y autorrepresión, de obediencia y autoritarismo, a fin de que pueda ser cierto lo que postulaba Marx en una frase que desde la óptica partidista siempre se había entendido al revés, a saber que:

"En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación **en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición** del libre desenvolvimiento de todos"¹¹.

Nicaragua un movimiento social en el peligro del poder

Movimientos en desarrollo, movimientos que nacen, que se emancipan en sus vanguardias. Pero ¿qué pasa si tales movimientos tienen una vez que hacerse cargo del poder? ¿O es la oposición su único lugar de existencia? ¿Cuál es el destino que le está reservado al sandinismo por ejemplo?

Cuando surgió la revolución en Nicaragua por medio de un formidable movimiento social, unido y unitario como pocos, el cuadro general que ofrecía América Latina era más sombrío todavía que hoy. Entonces se explica que esa revolución, que en otras circunstancias quizás habría sido no más que "una más", se convirtió en el centro de tantas esperanzas frustradas, sobre todo en ese contingente fantasmal que son las izquierdas latinoamericanas exiliadas. De pronto, Managua se vio atestada de argentinos, chilenos, uruguayos, en busca del continente perdido, o de la revolución perdida. Nicaragua es muy pequeña y sin embargo se le exigía que llenara el hueco dejado por decenios de derrotas en el continente. Y junto con los viajeros, llegaron a Nicaragua sus ideologías. Es inevitable entonces preguntarse: ¿Podrá Nicaragua escapar de las tenazas ideológicas de los derrotados de ayer y de interpretaciones que tiendan a demostrar que todo lo que antes ocurrió en el país en

¹¹ Marx-Engels, Obras Escogidas, Manifiesto Comunista, Madrid 1975, pág. 43.

la más bien larga lucha antisomocista, desde la unidad democrática producida por el asesinato al periodista Chamorro, pasando por los evangelistas de Solentiname, el asalto al Palacio Presidencial, hasta el enfrentamiento con la guardia pretoriana del dictador todo eso no eran más que piezas bien montadas en una construcción teórica que necesariamente deberá terminar en el socialismo y su consecuente "dictadura del proletariado?"

Ya vimos lo que algunos intelectuales hicieron con Cuba, cuya experiencia, rica, larga, compleja, que se extiende desde los años treinta hasta la fundación del 26 de Julio y el desarrollo de la insurrección popular de masas, fue transformada en un recetario técnico de guerrillas rurales y urbanas. ¿Tendremos que soportar algún día como la esencia del sandinismo, su carácter democrático y popular, pluriclasista y plurideológico es relegado al olvido para destacar sólo las formas armadas de la lucha en nombre de otro socialismo más sin revolución proletaria? ¿Resucitarán nuevamente las concepciones militaristas y foquistas que tantos años y tantas víctimas trajeron consigo, incluso en la propia Nicaragua? Indicios hay ya bastantes.

En medio de la mar de dificultades en que navegan no se puede discutir que los sandinistas han dado pruebas de realismo político, y ello impide dar por terminado el capítulo aduciendo que en Nicaragua ha surgido otro "socialismo real" del Tercer Mundo. Sin embargo eso es lo que Reagan quisiera a fin de justificar "ante el mundo" una agresión directa de USA al pequeño país. Pero a su vez, una política agresiva como la que lleva a cabo Reagan, tiende por propia lógica, a fortalecer todo tipo de tendencias autoritarias y militaristas que se encontraban subsumidas en el Sandinismo, como en todo movimiento.

Pero razonemos: de acuerdo a la lógica del gobierno Reagan, USA debería haber invadido ya hace tiempo a Nicaragua. ¿Por qué todavía no lo ha hecho? ¿Qué se lo ha impedido? ¿La potencia militar del sandinismo? No seamos ingenuos. ¿La protección cubana? Esta tendría valor sólo si la URSS estuviese cien por ciento dispuesta a arriesgar una conflagración mundial por defender sus influencias en el Caribe, y de eso no sé si los propios cubanos están muy seguros. Aquello que ha impedido a Reagan una invasión directa es la seguridad de que si eso ocurre se verían obligados a enfrentarse con una resistencia de larga duración en Nicaragua y con un antinorteamericanismo manifiesto en muchos sectores de la población de los países capitalistas, e incluso de algunos gobiernos, superior incluso al que se manifestó durante la era Vietnam, aún dentro de los propios EE.UU. Esto significa: **militarmente hablando, Nicaragua es insignificante. Políticamente hablando, es poderosa.** Una militarización de la política en Nicaragua es por tanto inversamente proporcional al fortalecimiento político de la revolución; ello implica la mantención del frente interno, esto es, el propio movimiento sandinista así como mantención de relaciones con todos aquellos movimientos que en los más diversos países, también en USA, les prestan solidaridad y que pudieran incluso estar en condiciones de frenar, o "mover" sus gobiernos a favor de Nicaragua. La fuerza de atracción del sandinismo reside en su unidad democrática; en que ahí se ve efectivamente al pueblo. Muy pocos, por ejemplo saldrían a la calle a defender al gobier-

no "socialista" de Mengisto en Etiopía. Con Nicaragua ocurriría lo contrario, si es que el sandinismo se mantiene como fuerza social.

Las tendencias autoritarias y militaristas que existen en el movimiento sandinista necesitan también de un clima internacional políticamente envenenado como el que ha producido Reagan para mejor desarrollarse. Y no pensemos que tales tendencias se encuentran abortadas por el hecho - por lo demás muy injustificable - de que unos cuantos dirigentes "marxistas-leninistas" hayan ido a parar a la cárcel. Tales tendencias se encontraban ya presentes en sectores militaristas antes de la insurrección popular y hoy se fortalecen burocráticamente como consecuencia de la ocupación del Estado. Incluso las estrechas relaciones que el gobierno de Nicaragua mantiene con el de Cuba inciden en ese sentido, pues al mismo tiempo que el país recibe una ayuda económica y técnica imprescindible, es inevitable que no reciba también la influencia de ese "socialismo castrista" que ha ido consolidándose como modelo en los últimos años, donde al rígido ritual del Partido y del Estado se ha agregado la disciplina y el autoritarismo militar. Cuba ya no significa un desafío a la geopolítica que entrelaza a las dos superpotencias, como pareció serlo durante los años sesenta. Entre un Che Guevara que acusaba directamente a la URSS de complicidad en la explotación del Tercer Mundo, y el Fidel Castro que declara que la URSS es el país más democrático del mundo, no sólo hay matices de diferencias. El adoptar tal modelo, significaría para Nicaragua un alineamiento de bloque, con lo cual el proceso que allí ha tenido lugar pasaría a transformarse de un hecho político, a un hecho geopolítico. Y precisamente eso es lo que busca Reagan.

Bien mirado, Cuba no tuvo otra salida durante los años sesenta y mal podríamos criticarla por ello. Pero una cosa es aceptar las limitaciones como tales, y otra convertirlas en ejemplos a imitar. Nicaragua en cambio no está encerrada en un callejón sin salidas. Sus cartas políticas son muchas, y mientras las tenga, lo más absurdo sería romper su actual posición de no alineamiento.

Lo dicho no significa "congelar" al movimiento sandinista en su actual estado de desarrollo para tranquilizar al enemigo. Todo lo contrario significa que su desarrollo no sea interrumpido por un golpe de fuerza bajo el pretexto de la defensa de la revolución. Ya determinados ideólogos comienzan a sostener la tesis de que la "fase" democrática quedó atrás, y que hoy día se pasa a la "fase" de la lucha de clases, y en consecuencia, se hace necesario centralizar el poder en la "vanguardia" para luchar contra "el capitalismo internacional" y las burguesías que lo representan. No negamos que haya enemigos de la revolución en Nicaragua, pero si para derrotarlos es preciso disolver al sandinismo como movimiento social y transformarlo en partido de Estado, será ese el mejor regalo a ellos.

La disyuntiva que enfrentan los nicaragüenses reside en defender su soberanía nacional, militarmente incluso, sin que ello redunde en la destrucción de la democracia interna, su mayor fuente de recursos políticos. Tarea difícil, hay que reconocerlo. Reagan ha puesto en juego toda clase de dispositivos para estrangular la revolución en el pequeño país e impedir que su ejemplo se siga extendiendo en América

Central. Siniestras amenazas se ciernen, al momento de escribir estas líneas, desde Honduras.

En el medio de los peligros que acosan, es necesario repetir sin embargo que el movimiento sandinista fue y es un movimiento social de carácter democrático y popular, y que a partir de ahí se constituyó en un movimiento objetivamente antimperialista, **pero no al revés**. Esto es importante reformularlo: fue democrático y popular no porque fuera antimperialista, sino que llegó a ser antimperialista porque fue democrático y popular. Esto no significa tampoco que todo proceso democrático y/o popular tenga que devenir en antimperialista. Significa solamente que en Nicaragua ocurrió así por el hecho de que Somoza y el capital extranjero eran elementos inseparables. El antimperialismo del movimiento era secundario respecto a la contradicción por la cual el pueblo se movilizó, a saber: democracia o dictadura.

Tampoco el pueblo luchó por el socialismo, ni por el real existente, ni mucho menos por uno irreal e inexistente. Luchó por lo que en ese momento era su reivindicación fundamental: la caída de Somoza. Lo de después, no estaba nada de claro.

¿Pero no se repite insistentemente que la única forma de asegurar una democracia es instaurando el socialismo? Aquí tenemos por lo menos que ponernos de acuerdo acerca de qué hablamos cuando decimos "socialismo". Pues si eso significa una dictadura militar-burocrática con apoyo de la URSS, no vemos las razones, ni morales ni políticas, por las cuales miles de personas se hubiesen movilizado. Si eso significa en cambio la disolución de las clases en un proceso de extinción del Estado, esto es, socialismo en sentido marxista riguroso, quiere decir que ese objetivo está muy lejos de las posibilidades materiales, culturales y políticas de un pequeño país como Nicaragua, y evidentemente nadie arriesgó la vida por un objetivo tan remoto e ignoto. Pero si por socialismo, en un sentido muy heterodoxo y amplio, entendemos solamente la búsqueda de un **modo de vida** soportable entre clases trabajadoras, algunos sectores propietarios bajo control del Estado, y la burocracia estatal sometida a vigilancia popular, esto es, socialismo entendido como suma y síntesis de las aspiraciones democráticas de la mayoría de una **población**, tal es realmente lo máximo que en las actuales circunstancias puede alcanzar una revolución que se desenvuelve en las condiciones de la nicaragüense; **y eso es más que mucho**, si consideramos que tal modo de vida no está asegurado en casi ningún lugar de la tierra.

Para que se entienda mejor lo que hemos querido decir, conviene precisar que cuando nos referimos al sandinismo no lo hemos hecho en referencia a sus dirigentes, ni tampoco (sólo) a sus Comandantes, ni siquiera a esas tres tendencias que surgieron antes de la insurrección (Guerra irregular y Prolongada, Insurreccional y Proletaria) sino que hablamos de aquella cuarta tendencia, la siempre olvidada, la que hizo posible que las demás se unieran, la tendencia del **pueblo sandinista** la de esos miles de mujeres, hombres, incluso niños, que aceptaron la convocatoria insurreccional, no sólo porque les pareció necesario y posible, sino que además **justo**

luchar contra la dictadura. Ellos no constituyen la retaguardia del sandinismo. Son el movimiento mismo.

En muy breves palabras: el peligro mayor para Nicaragua es que el sandinismo deje de ser un movimiento y se transforme nada más que en una vanguardia que hable en nombre del pueblo, pero sin el pueblo.